

Recuerdos de la movida o los años del paraíso

por Paco Deca



(Reelaboración al hilo de la aparición en febrero del 2020 del disco de Paraíso titulado “El corte final” del material del mismo título incluido en la antigua web (ya desaparecida) casi oficial del grupo recuperada en <https://web.archive.org/web/20070217201139/http://www.telefonica.net/web2/fradive/pacodeca.htm>)

Recordar es ejercitar un poco la identidad, porque uno termina que no se reconoce en lo que cree que era (el pensarse suele jugar malas pasadas). Pero no se puede negar que también hay algo de uno detrás de aquello tan pasado, tan lejos, como cuando la foto actúa como espejo y el tiempo deja de ser lineal. No parecemos no permanentes sino bien claramente aquellos que, como en un ahogo, volvemos a ser, aunque ese viaje en el tiempo sea como un estrecharse por dentro y retorcerse y terminar recuperando, por lo menos en una pequeña parte, ese algo que fuimos.

Ese yo que no sé si es mío pero que recobro entre fotos y acordes nació en la movida, y en cierto modo dejó voluntariamente de ser cuando me aparté de ella. No tengo recuerdos de éxito, no tengo años encima aburriéndome y repitiendo, no he vuelto a tener un grupo ni a tocar en serio. Además creo que no me agarro a los recuerdos, vienen solos por alguna conjunción que no explico (y ni falta que me hace hacerlo y desmontarlo y repensarlo y encasillarme).

A lo mejor es el perderse por algunos de esos quicios que te pone la vida y que te piden parar un poco para hurgarse uno dentro y remirar el pasado resuelto o no resuelto. O pudiera haber sido en su día napster, un hito... un sueño desgraciadamente ya machacado, pero que hace un tiempo era una gloria (la música por primera vez toda en tus manos, la utopía que comenzaría a transformar la avidez del mundo). Soñando napster, cierto día que miraba los archivos compartidos de uno (o será una, ¿quién puede saber lo que se esconde tras un nombre en internet?) que parecía tener buenas canciones (de las que me gustaban y que le descargaba siempre que podía) encuentro que en su lista estaba Paraíso. Era el “Para tí” (el que llamábamos el patatín de lo hartos que estábamos de él) y escucharlo resultó como un viaje al pasado. No pude dejar de buscar otras canciones, para tenerlas en mp3 y poder volverlas a escuchar, Estrella, Vacaciones, Makoki, Lipstick, estaba casi todo el material que grabamos en los discos pequeños. Lo curioso es que entre viajes, traslados, mudanzas, cambios de ciudad y de país hacía casi veinte años que no oía al grupo, había arrinconado los discos y casetes y fue una especie de revelación. Y de ser un gorrón paradisíaco, sometido a la buena voluntad de quienes me dejasen descargar alguna canción (y en el caso del “Vacaciones en la Morgue” me costó como veinte intentos, porque cuando casi lo tenía me dejaban colgado) pasé a convertirme en un compartidor paradisíaco diría que famoso, era "cadillacmentolado" (en honor a uno de los seudónimos del

grupo) ya que había días en que me descargaban seis y siete personas alguna canción de Paraíso. Así decidí rebuscar, recuperar cintas, pedir cosas a los amigos, hacerme en un casi experto convertidor de canciones de casete en archivos mp3, y encontré de todo, hasta maquetas perdidas en grabaciones imposibles (una que hice yo con un uher mono en el local de la calle Primavera de Lavapiés donde ensayábamos) que estoy seguro que solo tengo yo. Bueno, tenía solo yo, pues las descargaron de napster unos cuantos. Luego, con los sucesores de aquel primer experimento en masa de compartir música, seguí en la brecha, compartiendo Paraíso, canciones, vídeos... y de ahí los incalificables de Lemuria sacaron mucho material para el disco que sacaron en 2015 y que repudiamos todos en el grupo aunque fue una estupenda ocasión de volvernos a ver tras más de 30 años sin contacto en algunos casos... Pero no quiero adelantarme y además, por raro que parezca, quiero reivindicar una absurda nostalgia: he de reconocer que echo de menos aquella artesanía de la línea telefónica siempre saturada, de los modems que tardaban tanto en descargar que te daban ganas de escribir algo a quien te dejaba entrar entre sus archivos, te dejaba terminar la descarga... era amable contigo. Me di pronto cuenta que algo había cambiado, algo crucial rondaba, rota la soledad gracias al ciberespacio ahora los recuerdos los podíamos intercambiar... dejar que el oído ayudase a la memoria, y cuando fallaba, esperar que otros te echasen un cable contándote su versión, compartiendo su mirada y sus recuerdos.

Volver a oír esas maquetas desde luego fue toda una experiencia. El tiempo es como si no existiera, me sentí otra vez en nuestro local de ensayo, en el año 78, recién estrenada mi mayoría de edad, con aquellos locos amigos del grupo tratando de hacer algo que sonase mínimamente. Una sensación de descarnamiento temporal que disparó en mí la música, gracias a su inmediatez, los cascos anegando los oídos, rompiendo la conciencia al cerrar los ojos, un viaje al pasado tan difícil de emprender sólo con palabras, tan sencillo de imaginar gracias al oído que está menos domesticado por la razón, menos esclavo de los marcos de lo cotidiano, de la esclavitud de los ojos que todo parece que lo intermedian con sus agendas.

Pero no todo resultó auditivo. También es verdad que hace poco me pareció vislumbrarme (¡cuánta coincidencia!, a ver si va ser cierto lo de la sincronicidad) en el Pepi... de Almodovar, y a lo mejor eso me dio aún más que pensar. No había visto nunca la película, y no la vi entera sino, como por una necesidad del azar del zapping, cayendo en picado sobre aquella fiesta que viví desde el otro lado de la cámara. Comida rara, seudomacrobótica (o algo así, eso es lo que recuerdo), gritos en los que lo real y lo ficticio se entremezclaron, un chalet de la Prospe embutido de la fauna modelna del aquel entonces. Estaba Olvido, de la que poco recuerdo de ese día, salvo que quiso que me incluyese en los Pegamoides (pero debió de ser más tarde) y al final no le contesté, que era decir no y quedarme en mi paradisiaco y ya enfermizo mundo entre una tropa que el Zurdo intentaba domesticar cuando ni él mismo lo conseguía consigo mismo (ni yo tampoco conmigo mismo).

Mirando aquella locura de concurso, en la que participaba también, si el recuerdo no me confunde, un buen amigo del grupo, Ulises, que tocaba el saxo y que alguna vez salió a escena con nosotros... me dio un vuelco la vida. El tiempo no pasa en balde y la muerte se ha llevado a algunos, en forma de cuelgue definitivo, algo que nos acechaba a cualquiera, porque buscar y vivir era también caerse por los precipicios del descontrol... la memoria sirve para aprender la lección de la supervivencia, pero por mucho que nos insensibilicemos, nos juega la pasada de enseñarnos la imagen de los que solo nos quedan en esa nebulosa que es lo pasado (y cabrea que seamos tan frágiles y que gente a la que queríamos sean ahora huesos y polvo, porque nos gustaba -y a mí todavía me gusta- más que nada la vida, y lo otro entra mal en los planes y casi no hay quien lo aguante). Bueno, volviendo a Pepi... también estaba Carmen Maura, que me parecía en aquel entonces una anciana (¿quién no lo era para nosotros con 18 o 19 recién cumplidos teniendo más de veinte años? y la Maura tendría entonces como treinta) y con la que nos pusimos impertinentes, en un exceso purista, de puritanismo punk o contracultural o simplemente "contra", mi amigo Gregorio y yo, y ya estaba rodada gran parte de la escena y no nos pudieron sacar de aquel banquillo de los aburridos, por mucho que aullase la diva (que no sé lo que se creía, pero la movida era así, había gente que se colaba desde fuera y encima quería imponer sus reglas, y acogotar con sus egos rabiosos, y si podían, pues forrarse a costa de los demás). Bueno, pues allí estamos en unos segundos de celuloide que me han hecho encontrar aquella imagen perdida de mi vida en el Madrid de la movida y a un amigo que muy poco he vuelto a ver desde que en una de las muchas crisis de Paraíso lo echamos de bajista (y eso que durante años fuimos inseparables... son gajes del pasar los años, de lo que llaman madurar, que más que nada es dejarse a gente por el camino). Aquel rodaje de Pepi fue una especie de demencia, ahora parece un mundo cutre en el que los actores no lo eran, al director lo mismo lo encontrabas cantando lo de Gran Ganga o lo de Satanasa vestido de superloca furiosa y a los extras aquí y allá, dispuestos a cualquier cosa por pasar un rato divertido y descontrolado. Todo era un espantar los fantasmas de la vida cotidiana, hacer algo distinto, lejos de los muermos y buscando ese algo que nos roía las entrañas y que llamábamos (o creíamos que era) libertad.

Nos habíamos escapado de la rutina de los ensayos aquella noche y las cosas creo que no marchaban ya bien con el resto del grupo. En realidad el que no marchaba era Gregorio, yo me limitaba a sobrevivir a las velocidades de Mario y tenía poco tiempo para pensar en otras cosas. Además de que las relaciones humanas nunca han sido mi fuerte y menos aún en aquel entonces, tierno cachorrillo que era, casi inhumano aún, intentando entender algo del mundo sin conseguirlo (la verdad es que todavía no le he conseguido mucho, pero ahora me consuelo pensando que el problema es mío mientras que antes era más frustrante la certeza de que la culpa la tenía el mundo). De hecho lo que me pasa es que las luchas de poder y preeminencia no las he entendido nunca bien (aunque el mundo se construye con esos ladrillos) y además me

suelo decantar por las opciones con menos seguidores y las causas más perdidas; así que la vida del grupo cuando acababa la música me aturdí y no solo aburría, generalmente; además éramos tantos que resultaba difícil fijar la atención (más allá de los que me resultaban más afines, Gregorio, Antonio, Mario y en algunos aspectos Fernando).

Salvo algunas conversaciones con Fernando sobre literatura que me sacaban de la modorra (o del muermo). No sé si había leído todo lo que decía (aunque puede ser posible, tenía dentro muchas cosas), pero no creo que hubiese pasado por la experiencia furiosa que para mí resultó ser Celine y el "viaje al cabo de la noche". Paraíso en cierto modo era una especie de Almirante Braguetón, Braguetero o Braguetudo, en una deriva que no surcaba otras aguas que las del Madrid duro y repelente de aquellas épocas malditas, un Lavapiés decaído y ruinoso, un Malasaña apocado. De aquel ir llegando por Alcalá a la Puerta del Sol donde hacía poco que se había quitado el yugo y las flechas monstruoso, cutre fin de dictadura contra la que no podíamos hacer otra cosa que rebelarnos o por estética o por entrañas. O por compasión, sin duda de nosotros mismos viviendo aquella época de renegados. Tenía Fernando, y en eso coincidíamos, el gusto por los malditos, esas lecturas del desasosiego, de las entrañas quebradas, Eumeswil con su impasibilidad. Le gustaba Mishima y ahí no pudimos navegar juntos por la cosa de mi desidia de aquellos tiempos y a lo mejor ese asco que tenía a la elite o al elitismo. Pero en muchos de los de aquel entonces había deseo de otras cosas, de otras tropas, de otros aires y eso se veía en las letras de Paraíso, quizá lo mejor del grupo (aunque eso diferente que buscábamos, no sé yo si para todos es este presente en el que vamos viviendo).

Y volviendo a la música, en aquellos tiempos me estaba separando de los gustos cañero-sinfónicos de Gregorio. Paraíso para mí fue una escuela del escuchar cosas distintas y de otros ritmos interiores. El tocar las cosas el doble de rápido, con esa velocidad natural de Mario (que ahora me doy cuenta que no me era del todo ajena, de siempre) que me estaba empezando a gustar. Sudar corriendo tras unos teclados que no perdonaban, que nos arrastraban a todos cada vez más rápido cuando podían, cuando les dejábamos (cuando marcaban los comienzos) se estaba convirtiendo en un deporte potente (es lo que más he echado de menos al dejar de tocar). Perdía peso en cada actuación, en cada ensayo, se reforzaba mi masa muscular y así me resultaban ajenas las discusiones teóricas, en mi nirvana de sudor y ruido. Tocábamos muy rápido algunos temas y otros eran un regodeo de lentitud, o por lo menos de tiempo medio. Éramos eclécticos, tocábamos cosas muy dispares, lo que nos convertía en pájaros extraños en aquel zoológico (o gallinero) que era la movida madrileña en ciernes. No hay más que leer las letras para ver lo que rondaba nuestras cabezas (y corazones). Ahora pienso que éramos muy hijos de nuestro tiempo, aunque hubiese caracteres fuertes y convencidos de sus verdades, el grupo era un ejemplo de pensamientos difusos, no en vano brillamos (si a aquello se le puede dar tal nombre) el año en que nació la postmodernidad. Pero nuestros intereses y lecturas estaban bien alejados,

intentábamos salir a flote de la imbecilidad a la que nos había llevado a todos el sistema político anterior, la agonía de aquel régimen maloliente, oscuro, violento y ruidoso.

No éramos los peludos poperos y rockeros los únicos que hacíamos ruido, aunque desde luego era uno de nuestros mayores placeres. Si tengo que reprocharle algo a aquellos años fue justamente el haberme machacado el oído con equipos infames en locales de ensayo imposibles. Y el de la calle Primavera fue el más infame y el más emblemático. Unas escaleras de hierro que bajábamos con cuidado para que no nos viera un dueño que era como un sueño de la imaginación y que, la verdad, nunca se molestó mucho por nosotros. No le pagábamos (salvo las 4000 pts. del alquiler del primer mes) y no parecía preocuparle, pero siempre planeaba su sombra que para mí era la de un fantasma, un espectro porque nunca lo vi o al menos no lo recuerdo. Siempre excesivos, llegamos a un cierto regodeo (o choteo) el día que dejamos una copia de la llave de la puerta exterior del local a un amigo de Antonio, vendedor ambulante de helados (creo que era otra cosa, pero el paro lo tenía en la miseria de ir tirando de su carrito) y empezó a pernoctar allí el carro (no sé si con helados dentro) con lo que se veía desde la calle y además nos impedía bastante el paso para bajar la escalera que llevaba al local (sobre todo para sacar equipo). Debí de encontrar otro trabajo porque cuando nos mudamos el carrito seguía allí y nadie lo usaba (a lo mejor el dueño lo revendió para resarcirse en algo de la electricidad que nunca pagamos). A veces pienso que si en vez de helados hubiera vendido salchichas nuestras peripecias cutres se podrían comparar a las de la Nueva Orleans de Ignatius Reilly. Pasábamos las tardes en aquel local húmedo y tétrico, que olía a mohos sin fecha y los platillos y tambores sonaban de un modo especial por aquel cúmulo de miasmas a las que el grupo añadía las propias de la humanidad, los humos y la electricidad y sus derivados, una de las claves, creo yo, de nuestro modo de vida. Sin un buen calambre, sin una buena descarga eléctrica, no había buen ensayo, a veces llegaba hasta mí, a través de vaya usted a saber que vías intermedias pasando por herrajes de tambores o soportes de platillos. Temía cuando Gregorio se apalancaba en mis proximidades, porque su bajo tendía a chispear. Y no digamos los micrófonos... los cantantes aceleraban a golpe de descarga. No se cómo no nos freímos todos en aquel sótano. Desde luego nadie hubiera pagado daños y perjuicios (el dueño desde luego que no, de hecho éramos unos ocupas de su local). A mí me producían una sensación de plenitud aquellas descargas, me recordaban cuando era niño, la corriente era de 125 voltios y una diversión picante era meter los dedos en el enchufe y esperar que aquella fuerza misteriosa y potente me tocara y me recorriera por dentro. Y no creo ser el único de los que, de niños, adornábamos la rutina de nuestra vida en ocasiones algo aburrida con aquellos momentos felices, que se acabaron cuando cambiaron el voltaje y el picor marchoso se convirtió en un calambrazo sin gracia que te saltaba los ojos de las órbitas. Yo creo que en aquel momento me di cuenta de que lo que llaman adelantos suele resultar todo lo contrario y que

lo que la gente cree que es ir a mejor, pues resulta que es muchas veces es empeorar.

Y volviendo al grupo y puestos a pensar yo creo que sin el local de Primavera Paraíso no hubiera sido nada. Allí vivía el tótem del grupo, no sé donde habrá terminado yendo, era como el fantasma del paraíso pero sin sangre, o a lo mejor se alimentaba de acoples y electricidad estática y cuando nos fuimos se disolvió. Desde luego creo que no nos siguió a los siguientes locales y en cierto modo nunca fuimos lo que bajo sus auspicios hubiéramos podido llegar a ser (a lo mejor inmaterializarnos en un éxtasis de música tras un definitivo calambre que hubiese incinerado medio Lavapiés). Tuve una época, tras dejar la música, en que soñaba que tenía la batería en un sótano aún más cerrado, pequeño y maloliente, como si fuera una especie de pocilga o de cueva, pero con puertas (donde me quedaba a veces encerrado y me despertaba sudando de miedo), casi no había modo de entrar porque la llave se encasquillaba, pero por ese arte del sueño, cuando la angustia era insoportable me encontraba dentro, pero la batería era ahora muy pequeña (en realidad era la primera que tuve, ahora que lo pienso) y casi no escuchaba la música que hacía el resto porque resulta que cada uno estaba en un compartimento diferente. En mi sueño solamente aparecía con claridad Gregorio y eso que tras la gran crisis lo habíamos catapultado del grupo, y de esto hacía algún tiempo. También es curioso que, a pesar de los locales por los que pasamos, quedase el de Primavera como el digno de poblar los universos distorsionados de mis sueños. Quizá porque para mí fue la iniciación en la experiencia de lo diferente, la que encontré en el local de Lavapiés, un ámbito que podía llamar mío, del que tenía la llave, al que podía ir cuando quisiera, donde en vez de familia y exigencia, encontraba amigos y ruido, frente a la rutina, allí todo podía pasar (aunque resulta que terminábamos siempre más o menos haciendo lo mismo).

Era navegar por los mundos de una música en la que nos adentrábamos a veces alcanzando ese punto en el que el tiempo se pierde, y el espacio no va más allá de la madera de las baquetas, la caja, los timbales, y todo es más. Un día nos quedamos a ensayar Antonio, Gregorio y yo, no estaban las manadas de voces ni creo que tampoco Mario. Merodeamos por los territorios de una canción que me sigue fascinando, como no, por el tema que trataba: el horror de Jonestown, la matanza de un millar de fanáticos en torno al reverendo Jim Jones en la Guayana, uno de los productos más interesantes de la factoría Juan Luis (a mi entender un letrista de primera). Pasaron dos espontáneos por la puerta y nos pidieron que les dejáramos sentarse a oír. Fueron muy amables, creo que resistieron una hora de improvisación y cuando nos paramos se despidieron diciéndonos que teníamos un repertorio que se repetía mucho. Las cosas de la percepción, a los que tocábamos nos pareció que habíamos llegado por lo menos al sexto cielo y habíamos rozado los territorios más intactos de lo sublime.

Paraíso fue siempre algo así, había problemas de percepción, y no solo desde fuera, sino también en el interior del grupo. Yo disfruté la música de un modo

que me cambió, pero había otros que no se conformaron nunca con ese placer, a lo mejor, banal. Gracias especialmente a Antonio llegué a saber lo que es sentir la música, algo que muy pocos creo que llegan a experimentar en el pop de un modo tan total. Fue la época en la que tocar era un descubrir y todavía no se había convertido en una rutina. Las canciones no estaban hechas, evolucionaban en aquella lucha de compromisos que era un grupo con sensibilidades tan diferentes. Salíamos del cutrerío machaca que impregnaba el ambiente, en el que hacer pop era como un sacrilegio, como apartarse de la quintaesencia del arte que consistía en aporrear, distorsionar y chillar letras estúpidas o malquedas, con voces de estropajo que se redimían con solos interminables de aburridos (y siempre detrás de lo que se hacía fuera). Era un copiar y un regodearse en no dejar hacer a los diferentes, yo creo que no se divertían mucho aquellos divos de la Fender distorsionada y de los cincuenta tambores, eran como la vía albanesa pero en lo musical. Mucho le debemos a la sensibilidad de aquellas gentes del machaca lo mal que sonábamos en directo los Paraíso. Los que estaban en la mesa de mezclas de los conciertos entendían batería, guitarra y bajo, a lo sumo algún teclado u otra guitarra, es decir un grupo de tres o cuatro, pero no digerían tantos coros, tantos cantantes, tantos músicos (y tan incompetentes todos). Si se oía a unos se perdía a los otros, si se oía a Mario no se escuchaba a Antonio y la mitad de los arreglos no sonaban. O confundían a Gregorio, que tendía a hacer melodía con el bajo, con una guitarra y bajaban las otras dos con lo cual el ritmo básico lo llevaba solo yo y sonaba el bombo como si fuera la banda municipal. Fuimos los primeros en hacer pop en aquella hornada y las cosas no estaban maduras, en nuestra casa de discos, acostumbrados a tequilas, rosendos, ñus, leños y bloques y esas maravillas ¿cómo iban a comprender nuestras letras y nuestras maneras? No hay más que ver lo que era el patio de chapa en la parte de atrás de la octavilla del concierto de Cucharada (+Paraíso) en el Martín. “Asfalto, Bloque, Ñu, Leño, Borne, Topo, podrás decir que estás enrollao”... faltan Coz y alguno que fuera como “leñe y coñe” para hacernos una idea de lo que era aquello... no podía resultar.

Recuerdo la cara de asco que tenían los ingenieros (ja,ja, ingenieros) de grabación cuando tenían que apretar el botón (era lo único que hicieron) y poner la cinta en marcha mientras tocábamos para la maqueta que grabamos en febrero del 80 (con la idea de un lp de doce temas). Topamos con la ineptitud de aquella compañía de discos llamada Zafiro. Visto lo que comprendían el pop aquellos oscuros personajes, no es extraño que sean los mismos que tanto han chillado e invertido en defender los derechos de autor, el patrimonio de los músicos y compositores contra las redes de intercambio de música... pero me parece que lo único que entienden es de hacer negocio con la mediocridad y sacar grandes tajadas mientras reparten a los que de verdad crean la música un porcentaje ridículo. Pues en aquel entonces nos adjudicaron de interlocutor a un intermediario, productor o qué sé yo, que nunca nos entendió y que buscó la primera excusa que pudo para apartarse y apartarnos. Fue peor para Zafiro, porque no se figuraban siquiera lo que podía

ser la música tal y como nosotros y los demás grupos de la movida empezábamos a hacerla. Creo que cuando Mecano (o en menor medida Radio Futura o Nacha Pop) les enseñó el dinero que podía mover un grupo de este tipo empezaron a cambiar, a jubilar a los dinosaurios y a las señoras azules (aunque fueran rubios y se llamasen Luis). Pero ya era tarde para el Paraíso, se nos había tragado aquella maquinaria y nos habíamos autoinmolado en la hoguera de los egos furiosos.

Puestos a remontarnos y a recordar con más perspectiva, Paraíso no había sido mi primer grupo, antes con Gregorio y con Magdy, el que era mi mejor amigo entonces (y que se han tragado las brumas de lo pretérito), habíamos producido otra tremenda banda con la que llegamos a dar un concierto. No me acuerdo del nombre que teníamos (lo que dice mucho, y no en mi favor, ni en el de aquel experimento musical), el Zurdo en los folletos de Paraíso decía que se llamaba Zarathustra, pero me da la impresión que suena a montaje, aunque sugerentemente definitorio de la pandilla reunida, bastante creídos en nuestros conocimientos y potencia intelectual (vamos, unos pseudogenios capaces de ponerle un nombre nietzscheano a un grupillo musical de pardillos). Ensayábamos en casa de Gregorio, en el sótano, pero claro, entre lo mal que tocábamos, lo alto que lo hacíamos y lo peludos que éramos (y las muchas rubias hermanas que tenía Gregorio) pues su madre estalló un día en cólera y nos expulsó de lo que creíamos que era el paraíso (¡quién nos iba a decir entonces que acabaríamos donde lo hicimos!). Claro que yo, como batería, no era tan fácil de quitar de en medio como el guitarrista, que se llevaba sin mucho problema la caja negra en el autobús. Así que tuve que volver otro día con un coche y cargar bombo y platos, tambores y herrajes entre malas caras. Me los llevé a casa, pero la agonía fue peor, porque los vecinos me querían despellejar, me miraban como si tuviera la lepra y los fuera a contagiar (puedo asegurar que entiendo lo que debieron sentir al comienzo los enfermos de sida cuando la gente creía que con sólo mirar ya pegaban la enfermedad). Tenía entonces una batería grande y ruidosa que me había comprado con lo que saqué trabajando en los invernaderos en El Ejido (menuda experiencia, vi bastante claro que aquel tipo de ocupación no era desde luego lo mío y que lo de estudiar deslomaba bastante menos). Además ahorrábamos todo porque tocábamos en las calles de Almería y así nos manteníamos. Yo creo que fuimos los primeros músicos ambulantes en aquella zona en la que me figuro que los hippies o no llegaron o los echaron a palos y pedradas. Y además nuestro show callejero resultaba diferente porque yo tenía en aquel entonces una batería pequeña y montaba la caja y el charleston y llevaba el ritmo con lo que se nos oía de bien lejos; debíamos de ser todo un número, pero por lo menos nos servía de ensayo. En las brumas del recuerdo me queda la vez que toqué (aunque solamente fue un poco de tiempo) en un pueblo del Almería (que no recuerdo) en un sarao que ahora, repensándolo debía de ser algún tipo de reunión de evangélicos (o algo así). Mis dos amigos, Gregorio y Magdy, con los que había hecho el viaje almeriense, no aguantaron el ritmo de la azada del invernadero y pretextando causas de fuerza mayor se largaron

(decían que tenían que estudiar para septiembre porque les habían cargado la selectividad, pero un mes después me los encontré por casualidad -lo que desde luego es mucho de eso- en Cazorla bebiendo cañas y en no sé qué reunión político-festiva de las de entonces). Total, que los muy flojos me dejaron solo ante el peligro (yo quería aguantar todo el mes para ahorrar lo suficiente) y tuve que reubicarme, aunque supe encontrar una buena ocupación entre los plásticos, que consistió en encaramarme como un mono por el techo de los invernaderos para colocar tornillos y revisar la estructura. Y lo hacía sin red, pero en aquella época tenía cuerpo como de funambulista y la agilidad de un primate, y eso que a cuatro metros por debajo (o a lo mejor más, intentaba no mirar) estaban todas esas hileras de rosas en flor que si me caía podía terminar como un cristo. Pero a mí no me importaba aquel tipo de posible accidente (con tal de no tener que seguir dándole a la azada, que eso sí era descoyuntarse y accidentar el cuerpo minuto a minuto) y la peligrosidad laboral me figuro que en aquel entonces a nadie le decía nada. Así que, abandonado por los amigos, me hice otros en el ambiente de los invernaderos y una noche me encontré creo que bastante lejos del Ejido (donde trabajaba) y de Almería (donde pernoctaba) en una especie de festival en el que se cantaban alabanzas al señor (y yo a la batería un rato), pero después de unas cuantas cervezas ¿a quién podía importar el motivo de la juerga? A mí después de toda la semana trabajando y además solo, desde luego no. De la experiencia almeriense aprendí también que los caminos del destino son inescrutables (eso me contó un camionero que me llevó en autoestop del Ejido a Almería una noche y del que escapé por los pelos) y que se puede sobrevivir a casi todo (desde luego a la soledad, al trabajo físico, a las malas compañías y a los barrios con mala fama -vivía en Pescadería, el horror de cualquier burgués, una zona de Almería profunda y estupenda-).

Volviendo a Zarathustra, tocamos la única vez (con equipo serio ante público, no cuentan las veces del metro y de Almería) en un mugriento pub así como en Prosperidad o entre Pio XII y Arturo Soria (no lo recuerdo más que entre brumas), todo muy oscuro y además todos muy estorbos y malqueridos (éramos los teloneros, aunque no había telón ninguno), porque las estrellas, los verdaderamente buenos (ja,ja, llevaban tanto rodaje como nosotros, o a lo mejor menos) eran nuestros amigos (habíamos estudiado juntos todos) llamados Uhu Helicopter (frente a ese nombre hasta Zarathustra, si es que así nos llamábamos, sonaba suave). Los Uhu eran Belghiti, Brooklyn y Vega, pero no Antonio, que ya en aquellos años era un guitarrista de primera y todo un carácter, sino su primo Nacho. Aquello se llenó de niños de colegio (yo nunca me sentí como ellos) y de todas nuestras engalanadas compañeras de clase (¡qué bien olían!), todas enamoradas de Nacho: los Uhu vestían bien, tenían buen aspecto. Yo por aquel entonces llevaba el pelo largo (así me caricaturizó el Zurdo en el primer folleto de Paraíso) que reconozco que era una rebeldía hippiesca y no de buen tono entre el pijerío (ni el poperío) y terminé cortándomelo no sin que me cateasen el examen práctico del carnet de conducir la primera vez por melenas. Se subió el examinador y me tocó ese

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

